

DISCURSO

DEL SEÑOR COLEGIAL DON MARCOS MONSALVE LEON.

Excelentísimo señor Arzobispo Primado, señor Rector, señores miembros del Centro Jurídico, señoras, señores:

Un biógrafo del hombre cuyo recuerdo unido a nuestro gratitud inmensa nos congrega esta noche, cuenta que sobre la tumba del Maestro ardieron durante un año doce cirios votivos. Siempre el fuego desde siglos remotos, fué símbolo de vida, cifra clara de eternidad, y continúa siendo purificante y sagrado, pues todavía preside en los altares el excelso rito cuando el mismo Dios viene a conjugarse con la albura del trigo.

Y en la liturgia familiar mantuvieron los hombres en años distantes, el recuerdo de sus antepasados y el culto de sus dioses Penates con el oro tembloroso de las llamas que alimentaban sobre los callados sepulcros. ¿Y dónde está el fuego que vigila el sepulcro del Príncipe de nuestros dioses lares...?—Los doce cirios simbólicos se consumieron en un año, pero el fuego sagrado continúa ardiendo en los corazones inquietos y alimentando el recuerdo del sabio que nos enseñó a amar y a conocer lo bello, encauzando y nutriendo las energías del espíritu.

Provoca en esta noche, reunida en la intimidad buena parte de la gran familia Rosarista, despedir una caravana de recuerdos que se claven en la sombra del pasado, y, después de recorrer en un instante la huella polvorienta de tres siglos, vuelvan trayendo la figura de un hombre arrancado a la España absoluta en la agonía de una edad llamada «de oro» en el campo de las letras. Ese hombre, distante de nosotros en el tiempo, pero muy cercano por invisibles afinidades del corazón y de la mente, ya es, desde hace muchos días, conocido de todos los aquí pre-

sentes: su figura tallada en duro bronce habla de serenidad y de grandeza desde el patio mayor de esta casa; parece un conquistador, más no de los de adarga, penacho y espolines, sino de los que trasiegan las encrucijadas del espíritu; pues lleva por armas una cruz en el pecho y un libro en las manos; y ostenta, con la airosa gravedad del asceta pensador, una tibia dulzura nunca marchita en el ademán que deriva de la reciedumbre de su estirpe.

El hombre superior para alcanzar su objetivo, y no sólo el superior sino quien quiera traspasar las lindes de un vivir insignificante, ha de marchar quemando sus pasos en el incendio de una gran pasión. Eso fué Fray Cristóbal de Torres: un hombre superior, un sublime apasionado que colgó sus afanes de una piedad sin nombre, tendida hacia la humanidad sin ventura. Pasó por el mundo arriando sus sueños a la llama azul de una quimera, que no es otra cosa sino una bella quimera el querer sanarlo y remediarlo todo, el querer disipar la tribulación y la miseria, y el querer azotar a toda costa y a golpes de luz las tinieblas en la mente de una juventud que en el porvenir estará siempre empezando a realizar su destino.

La historia no la crean los hombres, ella se elabora en el fondo mismo de los hechos, como el humo en la entraña de la combustión. Hay hombres empero, que influyen en la marcha de la historia: Alejandro, César, Aristóteles, Jesucristo, (Este en verdad sí dio nuevo giro al rumbo que traía la humanidad, con su religión, tejido de consue- los, y con su doctrina, amplió camino de luz), y siguiendo el desfile de los propulsores de la Historia se destaca en noble sitio, por lo que hace a la América, Fray Cristóbal de Torres: desde que puso su planta en esta tierra clavó su mente en los siglos venturos y las rutas de la Historia empezaron a diseñarse para estos países.

Sabe Fray Cristóbal que los sabios, los heroes y los dioses gustan de la soledad y del silencio para acechar el instante de las creaciones. Y un día resuelve dejar la

España prestigiosa de sus tiempos, renunciando a las comodidades que le brinda el trato con príncipes y reyes, para confinarse en estas agrestes latitudes, donde un Trópico florido ofrece armonías a su mente y donde unas razas vencidas y miserables le darán ocasión de ejercitar su caridad ilimitada.

Una mañana de septiembre pone su planta en esta ciudad que suaviza la fatiga diurna con el beso aromado de las auras andinas; en el rostro del viejo dominico se hace ostensible una vaga alegría: ha visto el campo de sus actividades y se apresura a plantar sus tiendas y a echar las bases de una cultura; esboza el esquema de sus nobles empresas; se le enciende la pupila, golpea más aprisa el corazón, su mente se satura de tropicales anhelos y por todas partes sólo vé una nacionalidad en agraz. Este suelo propicio para una patria grande hace desfilar sus naturales encantos ante las atónitas miradas del fraile: dos mares gigantes lamen nuestra ribera, montañas distantes lucen como cejas azules en la mirada del día; fértiles rampas exhiben su flanco millonario, donde la tierra negra sólo aguarda que la despojen de su verde clámide vegetal y le arrojen semillas para empezar a dorar y madurar frutos bajo el sol de la tarde; valles ardientes, alegres lomas, mesetas frescas, ríos que se mueven hacia el mar, pero no llevan sobre su lomo inquieto sino tal cual camilla de palos amarrados con lianas silvestres, y sobre ella, unos indígenas desnudos que modulan un canto triste....

Es tarde, ya se está poniendo el sol y la mente de Fray Cristóbal todavía se pasea, bendiciendo a Dios, por los confines de este suelo granadino, y en las orillas de los ríos observa los toscos bohíos de los indios, fabricados con musgos y ramas; vuelve su mente a la ciudad que le ha dado noble acogida y encuentra en ella jóvenes capaces para la ciencia y para la organización de sociedades, y con ellos quiere iniciar la faena. De España no trae sed de oro

sino un desmesurado afán de sembrar futuras grandezas. Vé la posibilidad de organizar una democracia con el avance de los años, y esto, cuando sólo se respiran aires de monarquía y absolutismo. Para realizar este magno sueño abre generoso sus arcas, edifica y funda un Colegio de personas mayores donde se enseñen las bellas letras, la Filosofía, el Derecho y la Medicina. No ignora este viejo conocedor de los hombres que al rededor de los inventores de valores nuevos gira el mundo invisiblemente, según la sentencia del filósofo germano.

Para este Colegio, objeto de sus últimos amores, fijó una orientación doctrinal en la mente del sabio doctor de Aquino, le dió normas de vida y lo echó a andar por el ancho sendero que le abrió en el tiempo. Y luego..... arrebató su espíritu a la terrenal envoltura que lo contenía, dejó ésta sumida en su pesado sueño de sombras, y aquel se trasladó a las blancas moradas donde se hace la luz.

Si corridas tres centurias, a contar desde que Fray Cristóbal reposa en el tibio regazo de la tierra, le fuera dado deshacerse de su pesado sueño y sacudir las densas sombras que forman lindero insalvable entre esta vida mortal y el más allá, cuán inmensa sería su sorpresa al advertir que el tropel de los años todo lo ha cambiado. El Nuevo Reino de Granada ha venido a ser una Colombia independiente y grandiosa. Los progresos alcanzados por la moderna civilización hacen muy distantes las condiciones de vida colonial.

Y en los dominios de la doctrina cuántas transformaciones!

Ideologías de la más exótica esencia han venido de ultramar a encaminar el espíritu de estas democracias: desde el crudo individualismo hasta la absorción del hombre por el Estado, desde la más brillante ortodoxia cristiana hasta la negación de Dios; las instituciones políticas han

sufrido incontables vaivenes; muchas revoluciones han estremecido la vida misma del país. Tropezando aquí, cayendo allí y levantándose siempre, esta nacionalidad colombiana sigue progresando. Pero mayor es el asombro del dominico despierto, que preside nuestro entusiasmo de esta noche, cuando encuentra «que esta casa de la verdad que hace libres» no ha cambiado en lo substancial.

El aliento que le infundiera en años lejanos, lo ha empujado, viento en popa, sobre las alas del tiempo; y llevando por coraza al espíritu del de Aquino, y por brújula una cruz, siempre ha resistido a la marejada; ahora continúa su marcha, no como escueta piragua ni como débil quilla sobre el oleaje, mas como bajel de recio casco que se mueve impasible y seguro de sí mismo bajo la pálida mirada estelar.

He dicho.

Bogotá, octubre 1.º de 1935.

MARCOS MONSALVE LEON